

ciento de los políticos torcidos, á quienes redujeron á pobreza y miseria sus trampas, zancadillas y embustes.

Aun no lo dije todo. Estoy firmemente persuadido á que es muy raro el hombre á quien no le sirva algo la virtud para la conveniencia temporal; porque, si el sistema de el gobierno le es favorable, es elevado; si indiferente, es atendido; si adverso, por lo ménos no es odiado. Aun cuando arde la república en facciones, le mira la parcialidad opuesta como excepcion de sus iras, ya que no le fie los cargos. No se vió en el mundo furor igual al de los sicilianos cuando en aquellas famosas visperas degollaron á los franceses, ni jamas alguna nacion estuvo tan irritada contra otra, pues llegaron á la barbarie de romper el vientre á todas las mujeres sicilianas, que entendian habian concebido de franceses. En tan horrible destrozo no se salvó alguno de esta nacion, de cuantos pudieron haber á las manos, sino Guillen de Porceleto, gobernador del lugar de Calatafimi, á quien resguardó de la ira comun la fama de su bondad. Tan cierto es que para la saña popular no hay otro asilo que el templo de la virtud.

Eso que tanto se clamorea, de que yacen arrinconados hombres de grandes prendas, es mera fábula; salvo que ellos voluntariamente se arrinconen, ó que, juntamente con las grandes prendas, tengan grandes defectos. Yo por el mundo he andado, y hasta ahora no he visto hombre asistido de dotes escogidas, y sin defectos sobresalientes, que no fuese bastantemente atendido, bien que no siempre (que en todo se ha de decir la verdad) á proporcion de la estatura de el mérito. Los que dicen lo contrario, no se quejan, si se mira bien, de el infortunio ajeno, sino de el proprio. En la voz se lastiman de que están despreciados los hombres de prendas; en el corazon sólo se duelen de que están despreciados los que carecen de ellas, que son ellos mismos. Con capa del celo de el público se desahoga el dolor privado. Es artificio vulgar de la ineptitud ultrajada, censurar de inicu la distributiva. Y se ve que si alguno de estos censores asciende á aquello á que aspira, luégo aprueba todo el gobierno que ántes reprobaba: de donde se infiere que todo el mérito que ántes lamentaba pisado, le consideraba recogido dentro de sí proprio. Indignos elevados, algunos he visto; hombre grande, sin tacha grande, abatido, ninguno conozco.

§ IX.

Tiempo es ya de que tratemos de los inconvenientes de la política baja. Esta, dice el celebrado Bacon, que es el asilo de aquellos que, por falta de talentos, no pueden seguir la senda sublime de la política heroica: *Quod si quis ad hunc iudicii et discretionis gradum ascendere non valeat, ei relinquatur, tanquam tutissimum, ut sit tectus et dissimulatus* (1). Coincide esta máxima con la que cita Plutarco de el general Lisandro. Argüíale los lacedemonios de que, por su poca fe y verdad, degeneraba de Hércules, de cuya ascendencia se glorian los lacedemonios; á que él respon-

(1) De inter. rer., capítulo vi.

dió (aludiendo ingeniosamente al vestido de que usaba Hércules) que adonde no alcanzaba la piel de el leon, era preciso usar de la piel de zorra.

Tiene la política baja diferentes grados, unos peores que otros. El primero es el de la disimulacion y cautela; el segundo, el de la simulacion y mentira; el tercero, el de la maldad é insolencia: el primero, como no llegué á tocar la raya de el segundo, es en lo moral indiferente. Pero es muy difícil una continua cautela, que no se roce mil veces con la mentira; porque, si se apura con preguntas, el silencio suele equivaler á respuesta positiva, interpretándole hácia la parte que le está mal al preguntado; y una salida ingeniosa y pronta en estos aprietos, sin violar la verdad, es para pocos.

La disimulacion habitual, en parte nace de defecto de el entendimiento, en parte de vicio de el natural. Aquellos que no distinguen cuándo es conveniente el silencio, ni cuándo es importante ó arriesgada la explicacion, si son un poco reflexivos, toman el partido del silencio ó de una explicacion diminuta en todas las materias; semejantes á los de corta vista, que aun en camino llano, por temer resbalar, se van con tiento. Esto en algunos más es sobra de pusilanimidad que falta de advertencia, aunque siempre se mezclan uno y otro. Como quiera, viven con harto trabajo; pues lo mismo es cerrar continuamente con un candado los labios, que tener toda la vida el corazon en prisiones. Todo es temores de que les descubran el pecho, ú de si ya en las palabras que usaron le han descubierto. Fáltales el consuelo de desahogarse aun con un amigo, porque todos los pusilánimes son desconfiados y suspiciosos. Apénas á algun hombre juzgan sincero en la amistad ó seguro en la fe. Hácense tambien ingratos y fastidiosos en el trato, porque de todo hacen misterio. Y siendo la comunicacion recíproca de las almas el más dulce comercio que hay entre los hombres, son infelices, porque no gozan de ese bien; y son desagradables, porque, cuanto es de su parte, privan de él á los demas. Añádese á esto que de quien no fia de nadie, ningun cuerdo fia, y con razon; porque se hace sospechoso de que juzga los pechos ajenos por el suyo. Tambien sucede, que, por no revelar á nadie sus intentos, algunos que tendrian motivo para ayudarlos, no lo hacen, porque los ignoran. Así sucedió á Pompeyo, el cual, aunque guerrero osado, fué político tímido. Su ánimo era el mismo que el de César, dominar la república absoluto. César lo consiguió, porque lo intentó abiertamente: Pompeyo, escondiendo, aun á sus aficionados, que eran muchos, el designio, y procurando turbar la república con artificios ocultos (*occultior non melior*, dice de él Tácito, comparándole con Mario y Sila), para que ella espontáneamente se le cayese en las manos, no logró el fin; porque, ignorándole sus aliados, no aplicaron los influjos. Por todas estas razones, es muy difícil que hombres muy disimulados adelanten en alguna manera su fortuna; por lo ménos no lo deberán á su genio (2).

(2) El dicho de Tácito, notando á Pompeyo, *occultior non melior*, debe entenderse contraido al vicio de la ambicion ó apetito de dominar; en el resto no es comparable el gran pompeyo con aquellas dos furias Mario y Sila.

§ X.

Los simuladores y embusteros son el vulgo de las aglas. Estos hacen el mayor número en la poblacion de el orbe político. Muy peligrosos van los que siguen este camino, aunque es el más trillado. Es como moralmente imposible, que por más que el arte y la fortuna conspiren á cubrir sus trampas, siendo tantas, no se manifiesten algunas. Un edificio que está sobre falso, por sí mismo se cae, sin que le derribe el viento. Ya descubierto un genio mentiroso, el menor inconveniente que tiene es no ser más creído. A Tiberio, por haberle experimentado tantas veces falso, ya no le daban fe áun cuando decia verdad: *Vero quoque et honesto fidem demisit*, dice Tácito.

No sólo las mentiras descubiertas son infelices; á veces tambien lo son las creidas, porque producen un efecto totalmente opuesto á aquel que se pretende. Quiso Neron matar á su madre Agripina, de modo que pareciese la muerte casual y no intentada: para este efecto dispuso que una nave, en que se habia de embarcar Agripina, se fabricase con tal artificio, que con facilidad se separase una porcion de ella del resto, y cayese al mar la infeliz princesa. No se logró el intento, porque el bajel no padeció el destrozo intentado, aunque se descuadernó lo bastante para introducir temor del naufragio en los que iban en la parte inclinada. En esto, Aceronia, dama de Agripina, para que acudiesen prontos á socorrerla, fingió ser la misma Agripina, dando voces que favoreciesen en su persona la madre del Emperador. Ofrecia oportunidad para este engaño la oscuridad de la noche. Con que los que eran sabidores del intento de Neron, no dudando que fuese la misma Agripina, acudieron prontos, pero para hacer pedazos á la desdichada Aceronia, porque Neron quedase servido.

La mentira es propria de genios viles, y mezclándose, como se mezcla, con la adulacion en los ambiciosos, los hace vilisimos, porque los constituye siervos de todos los demas hombres. A todos se someten, á todos se humillan, á todos tratan como á dueños; á unos, porque les hagan bien, á otros porque no les hagan mal; parecidos á los salvajes de la Virginia, que no sólo adoran los astros, porque los alumbren y fertilicen, mas tambien adoran todo lo que temen y pasan por deidades entre ellos, no sólo el diablo, que es su principal númen, mas tambien el fuego, los nublados, los caballos y los cañones bélicos. Harto trabajo se tienen los que á tantos dueños sirven; y sobre el trabajo que tienen los mentirosos en servir á tantos dueños, se les añade el peligro de que, como á todos engañan, siendo descubiertos, todos los aborrezcan.

§ XI.

Lleguemos ya á la quinta esencia del veneno de la ambicion: á los políticos malvados, pestes de las repúblicas, ateistas encubiertos, demonios disfrazados, que sin embarazo se sirven de los más feos vicios para el logro de sus intentos; que, para alcanzar con la mano las dichas, se ponen de piés sobre las leyes; que con las bellas prendas del perjurio, la ingratitud, la alevosía,

galantean de noche y dia á la fortuna. Estos son los más ciegos de todos los políticos, pues el camino por donde piensan llegar á la felicidad y á la honra, es el que los lleva en derechura á la desdicha y á la afrenta. Quién con estos medios se hizo dichoso? El mismo Maquiavelo, gran maestro de esta infernal política, pasó los últimos años de su vida en suma miseria, y mucho ántes hubiera perdido la vida en una horca, si no hubiera negado en la tortura su concurrencia en la conspiracion contra los Médicis. Si uno ú otro se levantó un poco á fuerza de maldades, fué su elevacion como la de Simon Mago, para destrozarse en la caída las piernas. Aun con los príncipes malos fueron infelices los políticos depravados. Logró Seyano, por la simulacion de costumbres, la gracia de Tiberio en tanto grado, que vino á mandarle absoluto. ¿en qué paró el favor de la fortuna? En que jamas murió ningun reo con mayor ignominia. Petronio Arbitro lisonjeó el genio lascivo de Neron, hasta ser intendente de sus torpezas ó regla de sus brutalidades; de modo que en todo lo que miraba al deleite, dió el príncipe la obediencia á este vasallo, no gustando de otra cosa que de lo que Pretonio prescribia. Sin embargo, llegó el caso de destinarle Neron á la muerte, la cual Petronio se anticipó, abriéndose las venas. Y es muy de notar, que de cuantos Neron aborrecia, el último que de orden suya murió, fué Séneca. Detenia al príncipe el brazo la virtud de el filósofo, aunque la virtud de el filósofo era un fiscal fastidiosísimo para la vida de el príncipe. Y en fin, no murió sin delito, pues fué sabidor de la conjuracion de Pison. Si estas inmunidades goza la virtud con los príncipes malos, ¿qué será con los buenos?

¡Raro delirio esperar propicias las estrellas á sus intentos, quien está haciendo guerra al cielo con sus insultos! Preguntóle con irrision un frances á un inglés, haciendo memoria de aquel tiempo en que la nacion inglesa, debajo de su rey Enrico VI, se vió casi absoluta señora de la Francia: «¿Cuándo volveréis á ser señores de nuestro reino?» Respondió el inglés admirablemente: «Cuando vuestros pecados sean mayores que los nuestros.» Poco diferente fué el dicho de Agesilao, cuando Tisafernes, por verse superior en fuerzas, rompió con él contra las paces que tenia juradas. «Alégrese (dijo Agesilao), porque Tisafernes con su perfidia ha puesto á los dioses de mi parte.» El suceso fué, que triunfó Agesilao, y Tisafernes perdió la batalla y la vida.

Pero para representar cuánto pone á Dios de el bando de sus enemigos el que, violando juramentos hechos por su santo nombre, piensa adelantar sus empresas, no se halla en las historias ejemplo más memorable, que el que se vió en Ladislao IV, rey de Hungría. Habia este príncipe, despues de algunas victorias, ajustado treguas con Amurates II. Pero poco despues, instado del indiscreto celo del legado pontificio, rompió de nuevo la guerra. La política mundana persuadia que la ocasion era oportuna, porque los turcos estaban consternados de las rotas antecedentes. Ladislao tenia excelentes tropas, y por caudillo suyo Juan Huniades, el mejor guerrero que conocia el mundo en aquel siglo. Llegóse á batalla, en que los principios fueron muy fa-

vorables á los húngaros. Como viese Amurátes ya inclinadas á la fuga sus tropas, sacando de el pecho la escritura en que le tenia juradas las treguas Ladislao, y levantando los ojos al cielo, habló de esta suerte á nuestro Redentor en alto grito: «Jesucristo, si eres verdadero Dios, como piensan los cristianos, castiga la injuria que estos te han hecho en romper las treguas, que habian jurado por tu santo nombre.» ¡Cosa admirable! Al punto torció el aire la fortuna, y los mahometanos hicieron en los cristianos un sangriento destrozo, de que fué complemento la muerte del mismo rey Ladislao.

Dicis justitiam moniti non temere Divos.

§ XII.

Uno de los efectos más comunes de la política infame, es torcerse contra el autor sus propias máximas. Jeroboan, hecho dueño de las diez tribus, en la division del reino de Israel, para conservar en sí y en sus descendientes la corona tiró un rasgo, á su parecer, de política finísima; porque, advirtiendo que el motivo de la religion llamaba los corazones de sus vasallos al templo de Jerusalem, y que mientras no se hiciese divorcio en el culto, no podia ser firme la division en el imperio, levantando dos ídolos, hizo que las diez tribus los adorasen, olvidando al verdadero Dios, que era adorado en el templo de Jerusalem. Pues esta política aguda fué la que le quitó á su posteridad, como se expresa en el tercero de los *Reyes*, la sucesion en la corona, perdiendo su hijo Nadab el reino y la vida á manos del rebelde general Baassa. En la muerte que dieron á nuestro Redentor los judíos intervino la política de preaver que los romanos los destruyesen, con el motivo de haber reconocido otro rey que al César. Y por la ejecucion de esta maldita máxima, ordenándolo así el cielo para castigo suyo, los destruyeron despues los romanos.

Así dispone la Providencia que los mismos medios que aplican los políticos maquiavelistas para su exaltacion ó para su seguridad, sean instrumentos de su perdicion. Amán es crucificado en el mismo patíbulo que tenia preparado para Mardoqueo; Perilo es abrasado en el bucy de bronce que habia fabricado para lisonjear la crueldad de Falaris; Calipo, tirano de Sicilia, es degollado con el mismo cuchillo con que él habia quitado la vida al generoso Dion; Isaac Aaron, griego de nacion, á quien por sus maldades habia quitado los ojos el emperador Emmanuel Commeno, le dió despues al usurpador Andrónico el consejo de que á sus enemigos les quitase, no sólo los ojos, mas tambien la lengua, porque con ella le podian hacer daño, áun perdida la vista. Sucedió á Andrónico el emperador Isaac Angelo, y al infame consejero, que estaba ya privado de la vista, le cortó tambien la lengua. Perrin, capitán general de Ginebra, gran perseguidor de los católicos, luégo que el año de 1535 mudó de religion aquella república, hizo transportar la piedra del altar mayor de la iglesia catedral á la plaza, para que sirviese de cadahalso á los delincuentes; y, segun refiere el padre Maimburgo, en su *Historia del Calvinismo*, el mismo Perrin fué el primero que ensangrentó

aquella piedra, siendo degollado por sus crímenes. Tomas Cromwell, á quien Enrico VIII, cuando se erigió en cabeza de la iglesia anglicana, constituyó supremo vicario suyo en las cosas eclesiásticas, hombre extremamente falso, cruel y avaro, para tener más ocasiones de perseguir á los eclesiásticos y enriquecerse con sus despojos, indujo á Enrico á hacer la ley iniquísima de que fuesen válidas las sentencias de muertes y confiscaciones promulgadas contra los reos de lesa majestad, aunque no fuesen oídos: pues el mismo Cromwell fué el primero con quien se practicó esta ley, siendo degollado de órden de Enrico, sin querer oírle ni permitirle alguna defensa:

*Non est lex æquior ulla
Quàm necis artificem fraude perire sua.*

Finalmente, por decirlo de una vez, registrense las historias: entre mil políticos de estos que por medio de la maldad buscaron la exaltacion, apénas se hallará uno que no haya tenido desdichado fin. Así fué hasta ahora; así será de aquí adelante. Pues ¿qué ceguera es esta de seguir una senda donde sólo por un milagro de el acaso se puede evitar el precipicio? ¿Qué ha de ser, sino que es un síntoma forzoso en la fiebre de la ambicion el delirio? Y en ninguno arde violenta esta llama, que no padezca frenesi la cabeza.

§ XIII.

Todo cuanto se ha dicho de la política de los particulares, se puede aplicar á los príncipes ó superiores que gobiernan cualesquiera repúblicas. Tambien en estos tiene lugar la division de la política en alta y baja; y de la misma calidad en ellos es segura la primera, y arriesgada la segunda. Cualquiera superior, dotado de las tres virtudes, prudencia, justicia y fortaleza, será un insigne político sin leer libro alguno de los que tratan de razones de estado. Las verdaderas artes de mandar son, elegir ministros sabios y rectos, premiar méritos y castigar delitos, velar sobre los intereses públicos y ser fiel en las promesas: de este modo se asegura el respeto, el amor y la obediencia de los súbditos mucho más eficazmente, que con todo el complejo de esotras sutilezas políticas ó razones de estado, misterio depositado en las mentes de los áulicos, que, como cosa sacratísima, jamas se deja ver por entero ni sale á público, sino cubierta de un velo muy opaco, siendo en la mayor parte sólo un fantasma ridículo ó ídolo vano, que con nombre de deidad se da á adorar al ignorante vulgo. La razon de estado es el universal motor del imperio, y razon de todo sin serlo de nada. Si se pregunta: ¿Por qué se hizo esto? Se dice que por razon de estado; si ¿por qué se omitió lo otro? Tambien por razon de estado. ¿No sería respuesta más racional decir que se hizo porque era justicia hacerlo, ó porque así lo dictaba ó la religion ó la clemencia, ú otra alguna virtud? La razon por que manda el ministro á sus inferiores, es que así lo manda el príncipe; la razon porque manda el príncipe, debe ser únicamente que así se lo manda Dios; pues áun con más rigor es ministro de Dios, que sus subalternos lo son de él.

Si por esta razon de estado se entiende la prudencia política, ¿por qué no se nombra con esta voz, que es harto mejor? Pues el nombre de prudencia política significa una virtud moral, y el nombre de razon de estado no sabemos qué significa. Esta voz nació en Italia: *Ragioni di Stato*; y no debe tomarse allá hácia buena parte, cuando el santo pontífice Pio V no tenia sufrimiento para oírle articular, y solia decir que *las razones de estado* eran invenciones de hombres perversos, opuestas á la religion y á las virtudes morales. Lo que se vió fué, que Pio no hubo menester esas sutilezas políticas para nada, y sin ellas fué, no sólo un gran santo, mas tambien un gobernador insigne.

Fué advertencia de el célebre Bacon, que el gobierno más plausible que en todos tiempos tuvo la Iglesia, fué el de aquellos papas que, por haber pasado lo más de su vida dentro de los monasterios, eran reputados por ignorantes de los negocios políticos, y que estos excedieron mucho y quedaron mucho más recomendables á la posteridad, por su buen régimen, que aquellos que se habian criado en las aulas y ejercitábase toda su vida en el manejo de las cosas públicas; poniendo por ejemplo, por ser de su mismo siglo, á Pio V y Sixto V: *Imò convertamus oculos ad regimen Pontificium, ac nominatim Pii V vel Sixti V nostro sæculo, qui sub initiis habiti sunt pro fraterculis rerum imperitis, invenimusque acta Paparum ejus generis magis esse solere memorabilia, quam eorum, qui in negotiis civilibus, et Principum Aulis enutriti ad Papatum ascenderint* (1). Este testimonio da á la verdad un hereje calvinista, aunque, de religion afuera, hombre á todas luces grande, así por su incomparable talento, como por su noble ingenuidad y candor.

La razon que da, de exceder en el gobierno los papas que, ántes de subir al sòlo, vivieron en santo retiro, á los ejercitados en el manejo público, es digna de tal conclusion. La falta, dice, de instruccion civil, que hubo en aquellos pontífices, se suplió con grandes ventajas con su virtud; porque los príncipes que siguen constantes el camino llano y seguro de la religion, la justicia y demas virtudes morales, pronta y expeditamente, sin el auxilio de una política estudiada, dan vado á todos los negocios occurrentes. Son estas unas almas sanas y robustas, que no han menester las artes civiles, así como los cuerpos bien complexionados no necesitan de medicinas: *In eo tamen abunde fit compensatio, quod per tutum, planumque iter Religionis, Justitiæ, Honestatis, Virtutumque moralium, promptè, atque expeditè incedant, quam viam, qui constanter tenuerint, illis alteris remediis non magis indigebunt, quàm corpus sanum medicina.*

Casi me corro de que un hereje haya hablado de este modo, cuando entre los católicos tenemos tantos políticos que abundan en bien diferentes máximas. Ello es así, que las sutilezas y artificios de que se compone lo que se llama política del mundo, vienen á ser unos remedios de que sólo necesitan las almas achacosas. Un gobierno vicioso, porque le tuerce á su fin particular el que le maneja, no puede tenerse en pié sin esos medicamentos, que con

(1) Libro 1. De augment. scient.

tanta propiedad llamarémos drogas, como las que venden los boticarios; pero un espíritu bien complexionado, dotado en la temperie debida de las cuatro calidades elementales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, sólo con la asistencia de estas virtudes supera, sin embarazo y sin el socorro de otras artes, cuantas dificultades pueden ocurrir en el gobierno.

Pongamos los ojos en Sixto V, ya que Bacon le nombra. Este espíritu, verdaderamente incomparable, que parece que Dios le habia formado de intento para gobernar todo el mundo; en quien se juntaron y se mejoraron la magnanimidad de César, la prudencia de Augusto y la justicia de Trajano, á pocos meses despues que subió al solio, tenia ganado el respeto de todos los príncipes de la Europa y todo el estado eclesiástico, puesto en la mejor forma que habia tenido en muchos siglos antecedentes. Los hurtos, las falsedades, los homicidios, los sobornos, las licencias insolentes, se vieron tan de raíz desterradas de aquella gran ciudad, que nunca con más razon se llamó Roma la Santa. Perdido el miedo á toda extorsion injusta, nadie temia sino á Dios y al Papa; andaban, como dice Gregorio Leti, en su *Historia de Sixto*, las mujeres ú otras personas indefensas en cualquiera hora de la noche tan seguras por las calles, como pudieran por un cláustro de capuchinos. En cinco años que reinó, ennobleció á Roma con excelentes edificios, y dejó enriquecido el erario con algunos millones. Pregunto ahora: ¿con qué artes políticas, con qué tramas ingeniosas se hicieron estos milagros? No hubo más artes que una vigilancia infatigable en el gobierno, un celo fervoroso de el bien público, y una justicia y rectitud inalterables. Yo no sé si es verdad (y creo que no) lo que tanto se dice de las simulaciones de Sixto, ántes de lograr la tiara. Lo cierto es, que despues que se vió en la silla, fué hombre ajeno de toda simulacion; siempre generoso, abierto, libre, veraz, franqueaba sus designios, porque no eran para nadie ocultos, y á nadie escondia el corazón, sino cuando la virtud de la prudencia dictaba el recato, ó el carácter de prelado obligaba al sigilo. Esta franqueza era natural en su genio, y así tuvo la misma siendo religioso. Por donde yo no puedo asentir á las dobleces, que en el tiempo de cardenal se refieren de él, ordenadas á conseguir el pontificado. Más verisímil es que fuese efecto real de su virtud lo que se atribuyó á simulacion. Sufria cualesquiera injurias, haciendo fuerza á su genio dicen que por acreditarse de manso. ¿Y por qué no seria por imitar á Cristo, obedeciendo al Evangelio? La severidad que observó siendo papa, nada prueba contra esto; porque es muy diferente cosa tolerar las ofensas hechas á la persona, ó disimular las que se cometen contra la dignidad. Mostrábase, dicen, muy desinclinado al manejo público y áun inepto para el gobierno, á fin de que los cardenales le eligiesen sobre el supuesto de que en su pontificado ellos lo habian de mandar todo. Más creible es que fuese este un desengaño y cuerdo retiro de quien, por no tocarle entónces la vigilancia sobre el público, cuidaba sólo de sí propio. Fingíase, dicen, postrado de los años y de las dolencias, porque los cardenales, adivinando un pontificado breve, esperasen presto otro cónclave. No creo esta política, por más que me digan, en los señores cardenales, que tan-

tas veces eligieron papas robustos, y aún no pocos mozos, cuando en aquella edad hallaron la madurez de la senectud. Y por otra parte, Sixto, que había pasado una vida trabajosa, y tenía sesenta y cuatro años cuando subió á la silla, es verisímil que estuviese muy quebrantado. Si despues mostró más robustez, sería porque, cargándose de la gravísima obligacion que tenía, se esforzaria extraordinariamente para cumplir con ella. Fuera de que á este fin, dice el citado Leti, que tomaba más copioso y generoso alimento, así en la comida como en la bebida, siendo papa, que siendo cardenal.

Con gusto me he detenido en el elogio de este hombre singular, que siempre fué objeto de mi admiracion, porque no todos le hacen la justicia que deben, y de camino daré aqui una cordialísima enhorabuena á la religion seráfica, de haber producido, en la persona de este pontífice y en la de el cardenal Cisneros, dos políticos tan grandes, que en mi sentir no los tuvo mayores jamas el mundo, aunque ni á uno ni á otro faltaron émulo que quisiesen deslucir parte de sus glorias; en cuyo asunto,

DESAGRAVIO DE LA PROFESION LITERARIA.

§ I.

Para contrapeso de los hermosos atractivos con que las letras encienden el amor de los estudiosos, se introdujo la persuasion universal de que los estudios abrevian á la vida los plazos. ¡Pension terrible, si es verdadera! ¿Qué importa que el sabio exceda al ignorante lo que el racional al bruto, que el entendimiento instruido se distingue del inculto, como el diamante colocado en la joya del que yace escondido en la mina, si cuantos pasos se dan en el progreso de la ciencia, son tropiezos en la carrera de la vida? Igualó Séneca los sabios á los dioses; pero si son más perecederos que los demas hombres, distan más que todos de la deidad, porque distan más que todos de la inmortalidad. La virtud, supremo ornamento de la alma, es parto legítimo de la ciencia: *Virtutem doctrina parit*, que decía Horacio. Pero ¡cuántos exclamarán, con Bruto, al tiempo de morir: *Oh infeliz virtud*, si esa misma luz que corona al hombre de rayos, es fuego que le reduce á cenizas! La honra, compañera inseparable de la sabiduría, será corto estímulo de la aplicacion en quien juzgue que los pasos que da hácia los resplandores del aplauso, son vuelos hácia las lobregueces del sepulcro.

Vuelvo á decir que es esta una pension terrible, si es verdadera: fantasma formidable, que, atravesado en el umbral de la casa de la sabiduría, es capaz de detener á los más enamorados de su hermosura. Por tanto, es cierto que haria á la república literaria un señalado servicio quien desterrase el miedo de este fantasma del mundo. Intentáronlo los estoicos, procurando persuadir, que el vivir ó el morir son cosas indiferentes ó igualmente eli-

lo que más admiro es, que un juicio tan cabal como el de don Antonio de Solís, en el capítulo III de su *Historia de Méjico*, pintase defectuosa la política de aquel gran cardenal, bien que colmándole por otra parte de altos elogios. Más justicia le hacen los autores extranjeros, singularmente el señor Flechier, obispo de Nimes, que escribió discretísimamente su vida, como de un héroe sobresaliente entre los políticos; y otro frances, moderno, que, habiendo instituido un paralelo entre los dos cardenales estadistas, Cisneros y Richelieu, da la sentencia á favor de el de nuestra nacion contra el de la suya, concediendo al español igualdad en la política, con grande exceso (en esto no hizo mucho) en religion y virtud.

De todo lo dicho en este capítulo sale claramente que, en igualdad de talentos, con más seguridad y facilidad logran sus fines los políticos sanos, que van por el camino de la reclinidad y la verdad, que los que siguen la senda de el artificio y el dolo: que aquella es la política fina, y esta la falsa.

gibles. Pero tan léjos estuvieron de hacérselo creer á los demas hombres, que pienso que ni aún lo creian los mismos filósofos que lo predicaban: *Nam munere charior omni adstringit sua quemque salus*, decía Claudiano. Sólo, pues, resta otro medio de apartar este estorbo del camino de las letras, que es persuadir que su honesta ocupacion no acorta los períodos á la edad. Conozco que abrazar este empeño es lidiar con todo el mundo, pues todo está por el opuesto dictámen. Sin embargo, yo me animo á desagrar las letras de la nota de estar reñidas con la vida, probando que ese comun dictámen es un error comun, originado de falta de reflexion.

§ II.

El fundamento grande de mi sentir es la experiencia, sobre la cual, si se hubiera hecho la reflexion debida, no hubiera ganado tanta tierra la opinion contraria. Ruego á cualquiera que esté por ella, que observe con atencion si los sugetos que conoce, ó conoció, dedicados á las letras murieron más en agraz, por lo comun, que los demas hombres. Para hacer con una exactitud prudencial este cotejo, el medio es poner los ojos en los congresos de hombres literatos de universidades, tribunales y colegios, y comparar el número de estos con otro igual de hombres dedicados á cualesquiera otras ocupaciones, y aún sin ocupacion alguna. Yo aseguro que en el paralelo no se hallará que hayan llegado á una larga senectud mayor número de estos que de aquellos; y lo aseguro porque tengo hecha la cuenta con la puntualidad posible. Apénas hay universidad donde, de treinta ó cuarenta individuos, no lleguen ó pasen de la edad septua-

genaria cuatro ó seis; lo mismo se observa en los que siguen la carrera de las judicaturas; pues en verdad que no hallamos mayor número de septuagenarios en los que pasan tranquilamente la vida libres de todo cuidado. En las sagradas religiones se hace más visible, por ser la comparacion más fácil la fuerza de este argumento. A proporcion del número, tantos, y aún creo que más ancianos, se encuentran de los que se ocupan en el estudio, que de los que están destinados al coro ó al manejo de la hacienda. Cotéjese en cualquiera religion el número de septuagenarios ú octuagenarios de uno y otro ejercicio, y se hallará que no me he engañado en la cuenta.

Luciano, tratando de los macrobios, ó hombres de larga vida, de intento se pone á numerar los sugetos dados á las letras en los tiempos antiguos, que vivieron mucho, y sólo de filósofos célebres cuenta diez y nueve, que todos pasaron de ochenta años: los más pasaron tambien de los noventa. Solon, Thales-Milesio y Pittaco, contados entre los siete sabios de Grecia, vivieron á cien años cada uno; Cenon, príncipe de la secta estoica, noventa y ocho; Demócrito, ciento cuatro; Jenófilo Pitagórico, ciento cinco. De historiadores y poetas trae el mismo Luciano otra larga lista. No sólo esto: en el mismo escrito asienta este autor, que en todas las naciones se ha observado vivir más, por lo comun, que los demas, los hombres de profesion literaria, por razon de su mayor cuidado en el régimen de vida, citando por ejemplares los escritores sagrados entre los egipcios, los intérpretes de fábulas entre los asirios y árabes, los bracmanes entre los indios, y generalmente todos los que cultivaron con cuidado la filosofia: *Cujusmodi sunt ægyptiorum sacri scribæ, et apud assirios et arabes fabularum interpretes, et apud indos bracmanes, adamussim philosophæ studiis vacantes*.

Y no obsta á nuestro intento el que Luciano atribuya á su exacto régimen la larga edad de los literatos; porque si los estudios abreviarán la vida, como se piensa, parece que lo más que se podria deber al régimen sería que los estudiosos viviesen tanto como los que no lo son; pero no sólo se nota igualdad, sino exceso; fuera de que, siendo la templanza en la comida, en la bebida, en el sueño, como tambien la abstinencia de otros excesos, sequela casi necesaria del ejercicio de las letras, siempre la larga vida de los literatos se deberá, como á causa mediata, á la ocupacion de los estudios.

§ III.

Confirmase esto con los ejemplares de los hombres más estudiosos que hubo en estos tiempos. Por tales cuento al cardenal Enrico de Norris, agustiniano, de quien se cuenta que ántes de vestirse la sagrada púrpura estudiaba catorce horas cada dia. Al famoso Caramuel, que de sí mismo dice en el prólogo de la *Teologia fundamental*, que daba diariamente el mismo número de horas al trabajo literario. Al célebre benedictino don Juan de Mabillon, conocido y venerado de todo el mundo por tantas y tan excelentes obras. Al infatigable frances Antonio Arnaldo, cuya reprehensible pasion por la doctrina janseniana, no rebaja la ad-

miracion de haber sido autor de más de ciento y treinta volúmenes. Al laborioso dominicano Natal Alejandro, en cuyas vastas obras, siendo tanto el peso de la cantidad material, aún es mayor el de la erudicion. Á los dos grandes escritores jesuitas, el padre Atanasio Kircher, y el padre Daniel Papebrochio. Al doctísimo hijo del gran Basilio, nuestro español, el maestro fray Miguel Perez, biblioteca animada y oráculo de la academia Salmantina. Todos estos hombres, cuya vida fué un continuo estudio, alargaron más allá del término comun su bien empleada edad. Enrico de Norris vivió setenta y tres años; Caramuel, setenta y ocho; Mabillon, setenta y cinco; Antonio Arnaldo, ochenta y dos. De Natal Alejandro no sé puntualmente la edad, pero sí que fué muy dilatada, porque nació el año de 39 del siglo pasado, y pocos años há oí decir que aún vivia, aunque casi del todo ciego. El *Diccionario histórico*, impreso el año de 18, aunque habla largamente de Natal, nada dice de su muerte, de que infiero que aún vivia entónces, porque en aquel escrito se observa referir el año de la muerte de los sugetos de que trata. El padre Kircher vivió ochenta y dos años, y el padre Papebrochio lo mismo, ó algo más, segun la especie que tengo. El maestro Perez hizo juicio bastante seguro que pasa ya de los noventa (1).

Pudiéramos añadir, por ser de muy especial nota, aunque no tan moderno, el ejemplar de Guillermo Postel, natural de Normandía, gran peregrinador, y de mucho estudio, aunque infeliz, habiendo en sus dichos, obras y escritos dejado algunas señas de que se desvió, no sólo de la religion católica, mas aún del cristianismo; así, algunos le miran como primer caudillo de los deistas. De éste dice el Verulamio que vivió cerca de ciento y veinte años. Pero otros autores no quieren que haya llegado ni aún á ciento, y la última edicion del *Diccionario de Moreri* no le da más de setenta y cinco. Así, la edad de este erudito se quedará en la duda que tiene, bastando los ejemplares alegados para prueba experimental de que el estudio está bien avenido con la larga vida.

§ IV.

Á la experiencia sufraga la razon. El ejercicio literario, siendo conforme al genio, y no excediendo en el modo, tiene mucho más de dulzura que de fatiga; luego no puede ser molesto ú despacible á la naturaleza, y por consiguiente ni perjudicial á la vida. He puesto las dos limitaciones de ser conforme al genio, y no exceder en el modo; pero estas son trascendentes á toda ocupacion, pues ninguna hay que siendo, ó en la cantidad excesiva, ó respecto del genio violenta, no sea nociva. ¿Qué cosa más dulce hay que estar tratando todos los dias con los hombres más racionales y sabios que tuvieron los siglos todos, como se logra en el manejo de los libros? Si un hombre muy discreto y de algo singulares noticias nos da tanto placer con su

(1) Al catálogo de los doctos longevos de estos tiempos añado ahora á Urbano Cheureau, frances, aplicadísimo al estudio, que murió de ochenta y ocho años, en el de 1701, y á la famosa Madalena Scuderi, que murió de noventa y cuatro años en el mismo de 1701.